

¿Revolución o Evolución?

## La Paradoja Mexicana

- ★ Su Fuerza Vital es la Sociedad, no Círculos de Poder
- ★ Sacrificio Sostenido en la Base de la Pirámide Social
- ★ En la Práctica, Distribución Inequitativa del Ingreso

LORENZO MEYER

La Revolución mexicana se inició hace ya ochenta años y concluyó hace medio siglo. Es un hecho histórico que ya pertenece a nuestro pasado, sus protagonistas ya murieron.

La pregunta que formularan hace casi un cuarto de siglo un grupo internacional de historiadores —“¿Ha muerto la Revolución mexicana?” (libro compilado por Stanley R. Ross)— es hoy tan o más válida que entonces, pero la respuesta no puede ser tan concluyente como lo sugiere la pregunta. En realidad, es válido responder: sí, la Revolución mexicana ha muerto... pero está viva. En efecto, hace mucho tiempo que desaparecieron los que participaron en ese hecho de proporciones cataclísmicas, y el resultado de lo que hicieron o dejaron de hacer hombres, grupos, partidos y la sociedad entera, se encuentra abierto al examen objetivo.

La Revolución mexicana fue y es algo más que hechos, parte fundamental de ella son sus razones y los principios por los que algunos de sus actores se

# LA PARADOJA MEXICANA

Sigue en la primera plana

lanzaron a la gran aventura —y en nombre de los cuales mataron y murieron, destruyeron y construyeron. Estas razones y principios siguen vigentes, tan llenos de sentido hoy como lo estaban en ese otoño de hace ochenta años cuando un joven de Coahuila —generoso a pesar de su origen social privilegiado—, y en su papel de líder de un partido de creación reciente —el Antireeleccionista—, hizo un dramático llamado a los mexicanos para que se levantaran en armas contra un gobierno oligárquico al que le faltaba en legitimidad lo que le sobraba de años en el poder y en desdén por las normas democráticas.

Las revoluciones son cataclismos sociales poco frecuentes —¿cuántos intentos fallidos hay por cada uno que triunfa?, ¿cientos?, ¿mil?— y su impacto es de tal magnitud y naturaleza que, en realidad, perdura por generaciones y nunca muere del todo. Hoy día, por ejemplo, y a más de 21 siglos de distancia, aún nos puede conmover la historia del movimiento de los hermanos Gracos —Tiberio y Cayo—, patricios romanos que encabezaron un movimiento de redistribución de la propiedad rural en favor de la plebe, y que pagaron con la vida su intento por hacer más justa a la sociedad romana. A doscientos años de distancia, la Revolución francesa aún nos obliga a tomar partido. Y ni qué decir de las revoluciones de este siglo, que se inauguró con el movimiento mexicano al que le siguió el triunfo de un soviético en Rusia y que desató una reacción en cadena de magnitud mundial, y que apenas acaba de perder su energía.

★

La revolución —el término proviene del latín tardío y se refiere al giro de los astros en sus órbitas— en su sentido político, implica ni más ni menos que "una alteración absoluta y total de las estructuras existentes en un orden social establecido para ser sustituidas por otras distintas". Se trata de un cambio rápido y violento origen y consecuencia de un conflicto social profundo.

El juicio que hagamos sobre una revolución concreta —la mexicana, en este caso— depende en gran

medida de la época y de nuestra situación particular como observadores. En cualquier caso, al hecho histórico —a esa fantástica explosión de energía social— lo juzgamos a querer que no desde la perspectiva de nuestras preocupaciones actuales. La objetividad pura no existe, y menos al buscar el significado de un hecho tan cargado de implicaciones éticas y prácticas como es la destrucción violenta de un orden establecido y que afectó la vida de millones de seres humanos.

Hoy, cuando nuestro siglo está por llegar a su fin, el entusiasmo por las revoluciones como instrumentos de racionalidad y justicia ha disminuido. Y razones para ello las hay. La realidad posrevolucionaria no avala ni aquí ni en Rusia, el optimismo de quienes alguna vez vieron y anunciaron el cambio revolucionario —la violencia en nombre de la justicia— como la llave que da acceso al camino que habría necesariamente de llevar a las sociedades que lo recorrieran a etapas superiores de convivencia. Desde esta perspectiva, las revoluciones eran vistas como la fuerza que desataba los nudos de los intereses creados, nudos que impedían el desarrollo sin trabas de la racionalidad humana. Según sus proponentes, tras el fuego y la sangre revolucionaria, y después de las injusticias y sufrimientos producto del calor de la lucha, se habría conquistado la armonía y la justicia sustantivas.

Hoy ya no queda mucho espacio para ese optimismo revolucionario. Una evaluación de lo que se hizo o se dejó de hacer aquí en México, en el país de los soviéticos en China y en todos los demás lugares donde estallaron y triunfaron los movimientos revolucionarios de este siglo, nos lleva inevitablemente a enfrentarnos con los efectos de las tremendas irracionalidades posrevolucionarias, con las nuevas injusticias estructurales que surgieron del intento generoso de hacer realidad la utopía.

★

En nuestro caso, la historiografía nos muestra que el fin del cardenismo es, también, el fin de la Revolución mexicana. Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, México

entró a la posrevolución, y empezó a vivir la realidad de las instituciones y el orden creados por la revolución que acababa de concluir. Y no hay duda que de 1940 a la fecha México ha cambiado y mucho. El nivel general de bienestar ha aumentado y los datos nos dicen por ejemplo, que pese al aumento demográfico, el ingreso promedio por habitante creció notablemente, pasando de casi ochenta dólares en 1940 a alrededor de 1,800 en la actualidad. El promedio de vida que en 1940 era de 38.4 años hoy llega a 69.1. La población alfabeta que en 1940 se calculó en 43.5% es hoy de 85%. Sin embargo, es justo preguntarse hasta qué punto este cambio es producto de la Revolución mexicana y hasta dónde no es más que el resultado de una evolución general que, como en Brasil o Venezuela, habría ocurrido de manera más o menos inevitable.

La cara oscura de la Revolución Mexicana está tanto en la mayor o menor velocidad de la transformación material de México como en el aspecto de la justicia sustantiva, es decir, en la distribución de los recursos escasos de la sociedad, pues éste es, por definición, el campo de la política y uno en donde el impacto del movimiento revolucionario debía ser mayor, donde la diferencia con aquellos países que no experimentaron revolución alguna debía haberse ahondado.

Sin embargo, ya en 1971 un autor estadounidense, Roger D. Hansen examinando las cifras de la distribución del ingreso en México y comparándolas con las de otros países latinoamericanos, encontró que México iba a la cabeza en el subcontinente latinoamericano, ¡pero a la cabeza de la desigualdad en la distribución de la riqueza. Era "la paradoja mexicana" y que Hansen definió como pregunta: "¿Cómo es posible que el único país latinoamericano que experimentó una revolución profunda antes de 1950 haya terminado por seguir un camino hacia el desarrollo económico que combina el sacrificio sostenido de quienes están en la base de la pirámide social con el beneficio sistemático de aquellos que se encuentran en

la cúspide de la misma?".

Si vemos las cifras de la distribución del ingreso disponible entre las familias mexicanas ofrecidos por un estudio reciente de Banamex (México social 1988-1989), veremos que es lo que Hansen quiso decirnos. En 1950, el 50% más pobre de la sociedad mexicana recibía 17.47% de ese ingreso en tanto que 20% más afortunado se quedaba con 58.89%. Para 1983, último año para el que el estudio da cifras, la proporción apenas si había variado: 19.19% del ingreso al 50% más pobre y 50.60% al 20% más rico; aunque la clase media arrancó un pequeño pedazo de la tajada del pastel social a la clase alta, los pobres se han quedado con el mismo. Esta es la Revolución mexicana en la práctica.

★

Si a la distribución inequitativa del ingreso y al fracaso del modelo económico que se suponía iba a poner a México en el camino del desarrollo autosostenido, se le añaden otros factores, entonces el panorama se ensombrece aún más. Esos factores son, entre otros, la persistencia de la corrupción a todos los niveles de la maquinaria burocrática del Estado, la insistencia en la violación cotidiana de los derechos humanos por quienes se suponen son los encargados de velar por el mantenimiento del Estado de derecho —policías, agentes del ministerio público, jueces—, el mantenimiento del monopolio del poder por el "partido casi único" por la vía del fraude. Y la lista puede seguir.

En vista de lo anterior, ¿cómo juzgar ahora a la Revolución Mexicana? ¿Cómo justificar a los miles de combatientes que cayeron en Celaya en abril de 1915 y que abrieron el camino para la consolidación en el poder de quienes habrían de dar realidad al programa revolucionario? ¿Qué pensar de la catástrofe demográfica que registra el censo de 1921, cuando en vez de mostrar un aumento de millón y medio en la población respecto a 1910 registra un descenso de 825 mil habitantes?

A la vista de los resultados de los últimos cincuenta años se puede concluir que los sacrificios que

exigió la Revolución mexicana no se justifican. Y sin embargo, y sin negar lo anterior, también se puede decir que justamente porque aún no se ha saldado la cuenta histórica, porque el libro sigue con hojas en blanco, la Revolución Mexicana no ha concluido, sigue viva. Pero su vitalidad no está en las instituciones gubernamentales, en los círculos del poder público y privado, sino fuera de ellos, en la sociedad.

Es claro que la demanda inicial de Madero "sufragio efectivo" sigue sin cumplirse, por lo que mantiene plenamente su vigencia, que incluso es más apremiante hoy que ayer. La Revolución mexicana propuso a la democracia política como medio y no como fin, pues los fines esenciales de ese movimiento eran otros, y esos fines que también mantienen su vigencia y legitimidad, se pueden resumir en uno sólo: justicia, justicia sustantiva.

La Revolución Mexicana buscó poner el punto final al brutal legado de la conquista y la colonia, a la explotación y discriminación de los muchos por los pocos. La Revolución pretendió dejar atrás la inhumanidad de la discriminación, de la humillación cotidiana y colectiva en que por siglos habían vivido el grueso de los mexicanos. La Revolución se propuso crear una armonía verdadera entre los individuos, los grupos, las regiones, y entre el país y su entorno internacional. Al final de cuentas, el sentido original de la Revolución mexicana era entregar a los mexicanos una dignidad a la que tenían derecho pero que les había sido negada por las estructuras y los hombres del poder.

La Revolución Mexicana debe y puede mantenerse viva; la generosidad de su proyecto lo sostiene como el mejor que hemos tenido. En tanto que no se cumpla la demanda profunda de reintegrar a los mexicanos su dignidad colectiva, la Revolución seguirá viva. Viva como aspiración, se haga realidad, entonces la Revolución vivirá entre nosotros como práctica cotidiana, pero ese momento, me temo, aún está lejos, muy lejos.